



Cuentos
completos III

PK.
Dick

Esta tercera entrega recoge 23 relatos que Philip K. Dick escribió en poco más de un año, antes de la publicación en 1956 de su primera novela, *Lotería solar*. Se trata de auténticas joyas literarias que destilan la magia propia de Dick y donde quedan patentes sus constantes obsesiones: la muerte, la alienación, la locura, la religión y la represión, y la naturaleza esquiva de la realidad. De lectura ágil y entretenida, este libro nos invita tanto a adentrarnos en el fascinante universo dickiano como a observar la evolución del luminoso talento de uno de los escritores más relevantes del siglo XX.

Introducción

Tengo treinta y tres libros de Philip K. Dick en mi biblioteca. Dentro de poco confío en tener treinta y ocho, más del doble que cualquier otro autor de ciencia ficción. Su más cercano contendiente sólo llega a dieciocho volúmenes, cuatro de los cuales son antologías preparadas por él.

¿Por qué? ¿Por qué tengo más libros de Dick que de ningún otro?

Bien, digámoslo así. Dick fue el hombre que me convenció, siquiera durante la duración de una novela, de que podía existir una sociedad cuya moneda de curso legal fuera la mermelada de naranja.

He intentado recordar mi primer contacto con la obra del interfecto. Sospecho que debió ser cuando leí su primer relato del género publicado, Aquí yace el wub. Estaba contado con un estilo competente y cierto sentido del humor; en conjunto, un debut notable. Sin embargo, los relatos que siguieron (se decía que escribía uno por semana) daban la impresión de que su autor aún intentaba encontrar su propia voz. En concreto, percibí muchos ecos del llorado Henry Kuttner. Tuve que esperar a sus novelas para darme cuenta de cuanta imaginación y originalidad poseía Dick, con qué ingenio deformaba nuestro mundo en pautas extrañas, o lo enfocaba desde un ángulo inusual para crear una perspectiva nueva e inquietante, combinada con un sentido de la «otredad» que hacía mella en el subconsciente del lector durante días y, en ocasiones, meses.

Recuerdo que compré un ejemplar de segunda mano hecha trizas de Lotería solar y lo devoré de una sentada.

*Recuerdo que me mordía las uñas de impaciencia entre las entregas de *Tiempo desarticulado*, cuando Ted Carnell la publicó por partes en *New Worlds*. Después de leer ambas novelas, quedé convencido. Supe que debía ir a la caza de todas las obras de Dick que pudiera encontrar.*

*En 1966, también en *New Worlds*, publiqué un artículo entusiasta y encendido sobre su obra (en aquel tiempo poco conocida en Gran Bretaña) que, debo admitir, fue motivado en parte por egoísmo: quería leer más libros suyos... Diez años después, tuve el placer de que me invitaran a escribir un prefacio para *The Best of Philip K. Dick*, publicado por Ballantine. Una década más tarde, en 1986, me han solicitado que realice una tarea similar e igualmente gratificante.*

Pero mucho más difícil. No quiero autoplagiarme, y cuando releí mi artículo de 1976 descubrí que había resumido en él todo lo que pensaba, y todo lo que todavía pienso, sobre aquello que convierte la obra de Dick en extraordinaria. Hablé sobre la naturaleza del mundo dickiano, su casi vaciedad, su esterilidad, su parecido con el nuestro o sus inquietantes diferencias. Hablé sobre las percepciones alteradas que era capaz de inducir en la mente del lector, y la habilidad con que sostenía presunciones absurdas el tiempo que fuera necesario, con tal de impedir que el lector incrédulo, abandonara el libro. La mermelada como moneda sería uno de los incontables ejemplos. Hablé sobre su pródiga generosidad con ideas y conceptos que muchos escritores considerarían fundamentales, pero que él trataba como secundarias, y citaba por encima de todos aquella maravillosa escena en que un personaje dice a otro: «Dios ha muerto». Y es un hecho cierto: un ser lo bastante evolucionado para haber creado la Tierra y todas sus formas de vida, incluidos nosotros, es encontrado flotando en el espacio. Sin embargo, este hecho no tiene mucha importancia en el conjunto del relato.

Estoy tentado de citar mi artículo de 1976 in extenso, pero no lo haré. Han pasado los años, Phil ha muerto, y esta vez no recibiré útiles cartas tuyas en que me sugiera relatos para ser incluidos en la colección propuesta, porque está, mercedamente, completa.

Ni tampoco, ahora que lo pienso, cartas respetuosas pero irritantes en las cuales mencionaba aquellos relatos que prefería dejar fuera de la selección. Le conocí en 1964 en Oakland (California), durante una fiesta previa al Worldcon. No era como había imaginado. Considerando su ingenio mordaz y prolífico, esperaba una persona tranquila y bastante cínica. En cambio, me encontré con un hombre muy tímido, que rehuía la mirada de un extraño como yo y paseaba la vista a su alrededor sin cesar, como para asegurarse de que existía una vía de escape. Más tarde, me enteré de cuánto le atormentaba la estupidez del mundo, cuánto le afectaban personalmente los insultos infligidos a la inteligencia colectiva por aquellos que pretenden hablar en nuestro nombre y en el de la civilización, que ejercen el poder sobre nosotros y solo piensan en sí mismos. Ignoro cuán en serio quería que le tomaran cuando describía sus simulacros de políticos, desde su eterna Jackie Kennedy hasta su tozudo replicante de Lincoln. Pero daba igual. Había logrado plasmar otra brillante imagen de los defectos y deficiencias de nuestro mundo, otra faceta del espejo que le acercaba, que distorsionaba y al mismo tiempo, de manera inexplicable, reflejaba una verdad aún mayor, un aspecto próximo a la realidad.

En nuestro último encuentro, durante un festival de ciencia ficción celebrado en Metz (Francia), tampoco comprendí su deseo de que la gente le creyera a pies juntillas cuando afirmaba que se comunicaba con el apóstol Pablo, o que había matado a un gato con sólo desear su muerte. No pude decidir si, después de tantos años de sufrimientos interiores, sus invenciones se habían opuesto a su razón, o si había llegado a la amarga conclusión de que la única for-

ma de tratar con nuestro mundo lunático era considerarlo una inmensa broma de mal gusto, y combatirlo en el mismo nivel irracional.

Espero, confío, en que fuera lo último, porque esto implica que en sus escritos había encontrado la solución, o como mínimo una solución, a los numerosos problemas que había afrontado; a su frustración por la falta de reconocimiento en el campo de la literatura general, a sus matrimonios rotos, al misterioso asalto a su casa descrito en el libro de Paul Williams «Only Apparently Real», y a todo lo demás. Fue una persona extraña, pero un maravilloso escritor, y quizá sus escritos le procuraron la catarsis. En cualquier caso, proporcionarán a sus lectores una experiencia única.

Y creo que eso explica con creces por qué tengo treinta y tres de sus libros y espero tener pronto treinta y ocho.

Leed e impresionaos.

JOHN BRUNNER
South Petherton Inglaterra
Octubre de 1986

Creo que contemplamos las pautas reales desde un punto de vista restringido. Y ese punto de vista restringido dice que la gente hace cosas deliberadas, en complicidad, dirigidas contra uno, cuando en realidad existen pautas que no dependen de las personas. Y no están dirigidas contra ninguno de nosotros; son mucho más amplias, y funcionan gracias a todos.

Philip K. Dick en una entrevista (1974)

Nota a las notas

Todas las notas en cursiva son de Philip K. Dick. El año en que la nota fue escrita aparece a continuación de ésta entre paréntesis. La mayoría de las notas fueron escritas para las colecciones *The Best of Philip K. Dick* (publicada en 1977) y *The Golden Man* (aparecida en 1980). Algunas fueron escritas a petición de los editores que publicaban o reimprimían sus relatos en libros o revistas.

Cuando hay una fecha a continuación del título del relato, se trata de la fecha en que el agente de Dick recibió el manuscrito, de acuerdo con los archivos de la Scott Meredith Literary Agency. La falta de fecha significa que no existen datos al respecto. El nombre de una revista seguido de un mes y de un año indica la fecha de publicación del relato. Un título entre paréntesis y entrecorillado corresponde al título original del relato, tal como consta en los archivos de la agencia.

Estos cinco volúmenes reúnen todos los relatos cortos de Philip K. Dick, con excepción de las novelas cortas integradas en otras novelas o publicadas como tales, los escritos de juventud y obras inéditas de las que no se han encontrado manuscritos. Se ha procurado respetar en lo posible el orden cronológico en que se escribieron los relatos; la investigación tendente a recomponer esta cronología fue obra de Gregg Rickman y Paul Williams.

Coto de caza ^[1]

El profesor Anthony Douglas se arrellanó en su butaca de cuero rojo y suspiró. Un largo suspiro, mientras se quitaba laboriosamente los zapatos con gran aparato de gruñidos y los enviaba de una patada a un rincón. Enlazó las manos bajo su oronda barriga y se reclinó, con los ojos cerrados.

—¿Cansado? —preguntó Laura Douglas, apartando la vista por un momento de la cocina y mirándole con ternura.

—No lo sabes bien.

Douglas inspeccionó el periódico vespertino, tirado frente a él en el sofá. ¿Valía la pena? No, en realidad no. Buscó los cigarrillos en el bolsillo de la chaqueta y encendió uno con movimientos perezosos.

—Sí, estoy cansado, ya lo creo. Hemos iniciado una nueva línea de investigación. Un montón de jovencitos brillantes procedentes de Washington nos ha invadido. Maletones y reglas de cálculo.

—No...

—Oh, sigo al mando. —El profesor Douglas dibujó una amplia sonrisa—. Ni por asomo. —El humo gris del cigarrillo onduló a su alrededor—. Pasarán años antes que me lleven la delantera. Tendrán que afinar un poco más sus reglas de cálculo...

Su mujer sonrió y continuó preparando la cena. Quizá se debía a la atmósfera que reinaba en la pequeña ciudad de Colorado. A los sólidos e impasibles picos montañosos que se alzaban en torno suyo. Al aire frío y seco. A los tranqui-

los ciudadanos. En cualquier caso, las tensiones y dudas que agobiaban a otros miembros de la profesión no parecían afectar a su marido. En los últimos tiempos, gran cantidad de advenedizos agresivos estaban engrosando las filas de los físicos nucleares. La posición de los veteranos, de repente inseguros, se tambaleaba. La nueva horda de jóvenes talentos invadía todas las universidades, departamentos de física y laboratorios. Incluso el Bryant College, tan alejado del mundanal ruido.

Si Anthony Douglas estaba preocupado, jamás lo demostraba. Descansaba plácidamente en su butaca, los ojos cerrados, una sonrisa beatífica en su rostro. Estaba cansado..., pero en paz. Suspiró de nuevo, esta vez más de placer que por cansancio.

—Es verdad —murmuró—. Tengo suficientes años para ser su padre, pero aún les llevo una buena ventaja. Conozco mejor el medio, por supuesto, y...

—Y las teclas que hay que pulsar.

—También. En cualquier caso, creo que saldré bien librado de esa nueva línea recién...

Su voz enmudeció.

—¿Qué pasa? —preguntó Laura.

Douglas se incorporó a medias. Había palidecido intensamente. El horror se reflejaba en sus ojos, aferraba con fuerza los brazos de la butaca, su boca se abría y cerraba.

Había un gran ojo en la ventana. Un inmenso ojo que escudriñaba la habitación y le examinaba. El ojo abarcaba toda la ventana.

—¡Santo Dios! —gritó Douglas.

El ojo se retiró. Afuera sólo se veía la penumbra de la noche, las colinas y árboles difuminados, la calle. Douglas se hundió poco a poco en su butaca.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Laura—. ¿Qué viste? ¿Había algo ahí fuera?

Douglas se retorció las manos sin cesar y su boca temblaba con violencia.

—Te digo la verdad, Bill. Yo lo vi. Era real. En caso contrario, no lo diría, ya lo sabes. ¿No me crees?

—¿Lo vio alguien más? —preguntó el profesor William Henderson, mientras mordisqueaba el lápiz con aire pensativo. Despejó un poco la mesa, apartó el plato y los cubiertos, y sacó su bloc—. ¿Lo vio Laura?

—No. Estaba vuelta de espaldas.

—¿Qué hora era?

—Hace media hora. Acababa de llegar a casa. Sobre las seis y media. Me había quitado los zapatos, estaba descansando.

Douglas se secó la frente con una mano temblorosa.

—¿Dices que estaba suelto, que no había nada más? ¿Sólo el... ojo?

—Sólo el ojo. Un ojo enorme que me miraba. Me examinaba. Como si...

—¿Como qué?

—Como si mirara por un microscopio.

Silencio.

La mujer de Henderson, una pelirroja, habló desde el otro lado de la mesa.

—Siempre has sido un empírico estricto, Doug. Nunca te he oído decir tonterías, pero esto... Lástima que nadie lo viera.

—¡Claro que nadie lo vio!

—¿Qué quieres decir?

—Esa maldita cosa me estaba mirando a mí. Me estaba estudiando a mí. —Douglas se puso a gritar como un histérico—. ¿Cómo creen que me siento? ¡Examinado por un ojo grande como un piano! Dios mío, si no fuera tan estable, me habría vuelto loco.

Henderson y su mujer intercambiaron una mirada. Bill, apuesto, de cabello oscuro, diez años más joven que Dou-

glas. Jean Henderson, vivaz, alegre, catedrática de psicología infantil, de rotundos senos, vestida con pantalones y blusa de nylon.

—¿Qué opinas? —le preguntó Bill—. Entra más en tu especialidad.

—Es tu especialidad —bufó Douglas—. No intentes explicarlo como una proyección morbosa. He venido a verte porque eres el jefe del Departamento de Biología.

—¿Crees que es un animal? ¿Un perezoso gigantesco o algo por el estilo?

—Tiene que ser un animal.

—Quizá sea una broma —sugirió Jean—, o un cartel publicitario. El símbolo de un ocultista. Alguien que lo paseó frente a la ventana.

Douglas procuró contenerse.

—El ojo estaba vivo. Me miró. Me inspeccionó. Después, se retiró, como si se apartara de una lente. —Se estremeció—. ¡Les digo que me estaba examinando!

—¿Sólo a ti?

—A mí. A nadie más.

—Pareces curiosamente convencido que te miraba desde arriba —observó Jean.

—Sí, hacia abajo. A mí. Ni más ni menos. —Una extraña expresión asomó al rostro de Douglas—. Eso es, Jean. Como si viniera de arriba.

Movió la mano hacia el techo.

—Quizás era Dios —murmuró Bill, pensativo.

Douglas no dijo nada. Palideció y sus dientes castañearon.

—Tonterías —dijo Jean—. Dios es un símbolo trascendente psicológico que representa fuerzas inconscientes.

—¿Te miraba con aire acusador? —preguntó Bill—. ¿Como si hubieras hecho algo malo?

—No. Con interés. Con considerable interés. —Douglas se levantó—. Debo volver. Laura piensa que estoy sometido a algún tipo de presión. A ella no se lo he dicho, claro.

No tiene una mente científica. Sería incapaz de asimilar semejante idea.

—Hasta a nosotros nos cuesta —dijo Bill.

Douglas avanzó hacia la puerta, nervioso.

—¿No se les ocurre alguna explicación? ¿Quizás alguna entidad considerada extinta, que todavía merodee por estas montañas?

—No la hay, que nosotros sepamos. Si me enterara de...

—Has dicho que miraba desde arriba —interrumpió Jean—. No se había agachado para mirarte. Por lo tanto, no puede ser un animal o un ser terrestre. —Meditó durante unos segundos—. Tal vez nos están observando.

—A ustedes no —dijo Douglas en tono quejumbroso—. Sólo a mí.

—Otra raza —añadió Bill—. ¿Crees...?

—Quizá sea un ojo venido de Marte.

Douglas abrió la puerta principal con cautela y escudriñó el exterior. La noche era muy oscura. Una leve brisa soplabá entre los árboles y sobre la autopista. Apenas vio su coche, un cuadrado negro recortado contra las colinas.

—Si se les ocurre alguna idea, llámenme.

—Tómame un par de fenobarbitales antes de irte a la cama —aconsejó Jean—. Tranquiliza tus nervios.

Douglas salió al porche.

—Buena idea. Gracias. —Meneó la cabeza—. A lo mejor me he vuelto loco. ¡Santo Dios! Bien, hasta luego. —Bajó la escalera y se agarró con fuerza al pasamano.

—Buenas noches —se despidió Bill.

La puerta se cerró y la luz del porche se apagó. Douglas se encaminó hacia su coche con cautela. Extendió la mano en la oscuridad, con la intención de palpar la manilla de la puerta. Un paso. Dos pasos. Qué tontería. Un hombre adulto, casi de edad madura, en el siglo XX. Tres pasos.

Encontró la puerta, la abrió, se deslizó en el interior a toda prisa y cerró con el seguro. Rezó en silencio una ora-

ción de agradecimiento mientras encendía el motor y los faros. Qué estupidez. Un ojo gigantesco. Algún truco.

Dio vueltas a la idea en su cabeza. ¿Estudiantes? ¿Bromistas? ¿Comunistas? ¿Un complot para volverle loco? Era un hombre importante. Probablemente, el físico nuclear más importante del país. Y este nuevo proyecto...

Dirigió el coche lentamente hacia la silenciosa autopista. Vigiló cada árbol y arbusto mientras el coche aceleraba.

Un complot comunista. Algunos estudiantes pertenecían a una organización de izquierda, una especie de grupo de estudios marxista. Quizá habían planeado...

Algo brilló, iluminado por los faros. Algo situado al borde de la autopista.

Douglas lo miró, estupefacto. Algo cuadrado, un bloque largo entre las hierbas que crecían junto a la autopista, donde empezaban los grandes árboles oscuros. Brillaba y centelleaba. Disminuyó la velocidad al mínimo.

Una barra de oro, tirada junto al borde de la carretera. Era increíble.

El profesor Douglas bajó la ventanilla poco a poco y asomó la cabeza. ¿Sería oro verdadero? Lanzó una carcajada nerviosa. Probablemente no lo era. Había visto oro a menudo, por supuesto. Y esto parecía oro, aunque tal vez fuera plomo, un lingote de plomo con una capa dorada.

Pero..., ¿por qué?

Una broma. Una tomadura de pelo. Los chicos de la universidad. Habrían visto su coche cuando se dirigía a casa de los Henderson, e intuido que no tardaría en regresar.

O... O en realidad era oro. Quizá había pasado un furgón acorazado. Había tomado la curva a demasiada velocidad. El lingote había caído entre las hierbas. En ese caso, había una pequeña fortuna tirada junto al borde de la carretera.

Pero era ilegal poseer oro. Tendría que devolverlo al gobierno. Pero, ¿no podría quedarse con una simple pieza? Si

la devolvía, obtendría alguna recompensa. Varios miles de dólares, probablemente.

Un plan demencial pasó por su mente. Apoderarse del lingote, esconderlo en una caja, volar a México, fuera del país. Eric Barnes era el propietario de un Piper Club. No le costaría nada introducirlo en México. Venderlo. Retirarse. Vivir con toda clase de lujos el resto de su vida.

El profesor Douglas resopló, irritado. Su deber era devolverlo. Llamar a la Casa de la Moneda en Denver, contarle todo. O al departamento de policía. Dio marcha atrás hasta situarse junto a la barra. Apagó el motor y salió. Tenía un trabajo que hacer. Como ciudadano ejemplar (y bien sabía Dios que cincuenta pruebas habían demostrado su ejemplaridad), tenía un trabajo que hacer. Buscó una linterna en el tablero de instrumentos. Si alguien había perdido una barra de oro, le correspondía a él...

Una barra de oro. Imposible. Un escalofrío recorrió su cuerpo y atenazó su corazón. Una débil voz le habló con claridad y racionalidad desde el fondo de su cerebro: «¿Quién se marcharía, abandonando un lingote de oro?».

Algo estaba pasando.

El miedo lo invadió. Se quedó petrificado, temblando de terror. La autopista, oscura y desierta. Las montañas silenciosas. Estaba solo. Un lugar perfecto. Si querían atraparlo...

¿Ellos?

¿Qué?

Paseó la vista a su alrededor. Ocultos entre los árboles, lo más probable. Esperándole. Esperando a que cruzara la autopista, a que dejara la carretera y se internara en el bosque. A que se agachara e intentara recoger el lingote. Un golpe veloz en ese momento; con eso bastaría.

Douglas volvió a su coche y encendió el motor. Soltó el freno. El coche saltó hacia adelante y aceleró. Sus manos temblaban. Douglas se aferró con desesperación al volante.